

# Ciberurbes

Sara Olivé Horts

11/2007



Leyendo acerca de una exposición sobre la reutilización de los espacios urbanos llamada refugios/ausencias/abandonos me han surgido preguntas sobre los espacios tecnológicos que me gustaría compartir con vosotras/os.

La autora de la reciente exposición , Concha Pérez, dice que “los lugares que son de todos son lugares en los que es posible establecer residencia inmediata y temporal. El espacio queda así reinterpretado como uso y como propiedad.” ¿No

nos pasa algo similar con los espacios tecnológicos? Somos nómadas en estos espacios? Podemos establecer residencias temporales en ellos?

De hecho hoy en día es más factible tener un blog, que tener una vivienda de ladrillo, aunque lo primero no nos ofrezca una cama mullidita, sí que nos da un ciberalojamiento en la ciberurbe. Por ejemplo, Simone Belli nos cuenta que Martín Mora, en un libro de López, O y otros, indica que hay nuevas tipologías urbanas (SimCity, Lincity, en ciudad-Internet, e-topia...); narraciones sobre las prácticas sociales y sus rasgos en la ciberciudad (identidades, comunicación, distancia, memoria, colectividad, resistencias, etc..) .

Pérez añade “La estructura que organiza el espacio es algo que te marca.” Sennett (1997) dice que “los espacios urbanos toman forma, en gran medida, a partir de cómo las personas experimentamos un cuerpo”.



Me pregunto si la corporalidad puede ser narrada en la experiencia, durante el mutuo intercambio simbólico. Si para hablar sobre la configuración de nuestra corporalidad en la urbe algunos autores usan la metáfora de la mezcla de la carne y la piedra, me pregunto cual usaríamos para definirla en el caso del espacio tecnológico, quizás sería como una mezcla de fluidos, gaseosos, líquidos, híbridos, pero no por ello menos transformadores de nuestra realidad social. Entonces, donde podríamos situar el espacio tecnológico respecto a las urbes? Es algo que permanece a parte?

Como en la urbe, practicamos los lugares tecnológicos y los convertimos en espacios vivos. Reviven en nuestras narraciones y se inventan a cada instante, al igual que los espacios urbanos. Relatamos a la vez que transformamos los lugares en espacios y los espacios en los lugares/no lugares. Necesariamente, narramos también los vacíos que nos llevan a otros espacios, como dice Foucault (1979) “este espacio lleno en el vacío del cual el lenguaje toma volumen y medida”. Aunque podemos concebirlos según la concepción de Augé, existen otros autores que proponen hablar de “espacios de sociabilidad transitoria” para escapar de la concepción dicotómica del espacio o bien del *continuum* (que he utilizado más de una y dos veces como buena occidental) y designar una identidad móvil y procesual.

Hacemos hablar a los espacios tecnológicos. Estos, como con nuestras urbes, también los organizamos en posibilidades y en prohibiciones que nos prescriben y proscriben, nos transgreden y limitan, dibujando unos contornos con unas formas y no otras que delimitan nuestro self. Sé quien soy respecto a las cosas que me rodean, siempre cambiantes, sé como llegar a mi habitación y sé donde está nuestro blog, mi espacio para hablar con mis amigos o como ir a la web de mi universidad, tengo mapas en papel y en mi móvil (es curioso que aún así siga perdiéndome). Igual que me regula un semáforo, la cámara de la autopista, del súper, del banco y los sistemas de seguridad de un edificio con la tecnología, también lo hacen los espacios tecnológicos que me registran, encuentran, almacenan, vinculan e indexan. Ahora somos flaneurs y cyberflaneurs, las posibilidades de los “yoes” se entremezclan y todos estos espacios “me marcan”, tal como dice la autora de la exposición.